



Título original: Quédate conmigo
Autor: Ebony Clark

1ª edición: junio 2009
© 2009, Ebony Clark
© 2009, La Máquina China editorial
41002 Sevilla
www.lamaquinachina.com

Diseño editorial: www.dot-info.es
Printed in Spain / Impreso en España
ISBN: 978-84-936056-3-6
Depósito Legal:

Reservados todos los derechos. Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por medio alguno, sin la previa autorización por escrito de la editorial.

La editorial no se hace responsable de las opiniones vertidas por el autor.



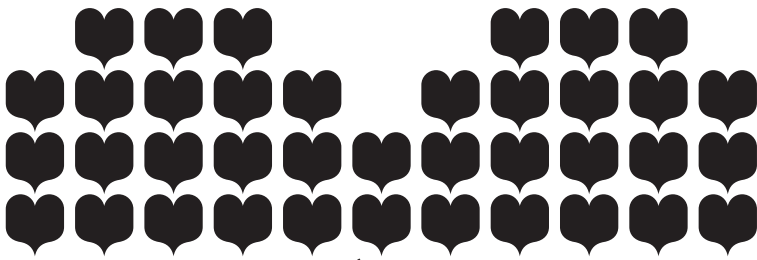
QUÉDATE CONMIGO

EBONY
CLARK

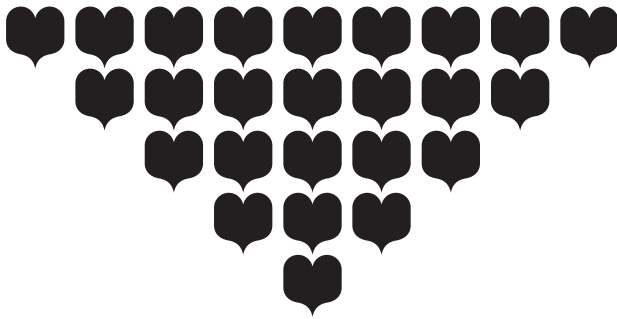


LA
MAQUINA
CHINA
editorial





QUÉDATE
CONMIGO





<<McKenzie: adjunto justificante de transferencia contra la cuenta corriente facilitada. Espero que todo esté a la altura de las expectativas. Kitty Barret>>.

El hombre sonrió mientras releía aquellas líneas y bajó de inmediato la tapa del portátil al escuchar los pasos de Tyler a su espalda. Había conocido muchas clases de mujeres, pero aquella Kitty era sin duda la más sorprendente de todas. Acababa de sellar un trato con ella en el que se comprometía a proporcionar a su mejor amiga una aventura que jamás olvidaría. La idea era divertida. Y se sentía un poco miserable por prestarse a los manejos de una británica medio chiflada. Pero así estaban las cosas.

—¿Algún problema? — preguntó Tyler.

Contuvo una carcajada. Problema no era precisamente la palabra que describía lo que se avecinaba.

—Todo en orden.

—Me alegro — el otro hombre ni se despidió, tan solo agitó la mano en el aire en un gesto distraído.

—Ya veremos si te alegras tanto dentro de un par de días.





Londres, estudios de la BBC One

—Quédate conmigo —dijo el chico mostrando la claqueta—, episodio 135... ¡Acción!

Las luces parecieron cobrar más intensidad, y empezó la acción.

—Por Dios, Andrew... dime que no es cierto... —la mujer se aferró al brazo del hombre, que le apresó los dedos con fuerza para llevarlos hasta su boca. Los besó con adoración, mirándola con embeleso—. Dime que no me odias por haber perdido a nuestro hijo...

—Claro que no, amor mío.

—Yo no quería que sucediera... ¿Crees que provoqué ese incendio...? Dime que no... —La mujer tenía el rostro congestionado por una mezcla de ira y dolor que no lograba engañar a la joven que espía la escena desde la puerta de la habitación 206 del Hospital Saint James. A pesar de todo, era increíblemente hermosa. Tenía el cabello negro y la cara ligeramente bronceada en la que destacaban unos ojos de un tono violeta que rememoraban a la gran Liz Taylor.

—Sé que no, mi amor. Pero ahora debes descansar —la tranquilizó con tono amoroso.

—Dime que no es sólo compasión, Andrew... no podría soportar que estuvieras a mi lado por lástima —la mujer sonrió con expresión maquiavélica cuando él la abrazó, mirando por encima del hombro de su marido hacia algún punto fijo de la estancia, como si fueran observados.

—Te quiero, Elora. Ya lo sabes —aseguró él, besando sus cabellos con un deje de tristeza en la mirada.

—¿Porque estoy ciega?— inquirió, imprimiendo un exagerado matiz dramático a sus palabras y rozando con la palma de la mano la venda que le rodeaba la frente, como si de pronto la asaltara un dolor agudo y persistente.





—No digas eso...

El que debía ser el director, que permanecía atento junto al cámara, le susurró al oído.

—Eso es... Enfócala a ella... que se vea bien su expresión... perfecto...

En el plató, la mujer que se ocultaba tras la puerta contuvo un sollozo desgarrador y se mordió los nudillos, rota por el dolor de lo que parecía una traición.

—Vuelvo enseguida, cariño. Tengo que ver a mis pacientes y después volveré a verte.

—¿Lo prometes, Andrew? Es que me siento tan perdida sin tí... ¿Podrías acercarme un poco de agua?

El hombre, que vestía una inmaculada bata blanca con una placa plástica sobre la que se leía su nombre, Dr. Andrew Lockarne, llevó hasta los labios femeninos un vaso desechable. Ella tocó el borde con dedos inseguros y dio pequeños sorbos, fingiendo que no lograba verlo.

—Lo prometo —la besó una última vez, y salió de la habitación para reunirse a escasos metros con la joven que gimoteaba al otro lado de la puerta de cristal. El Dr. Lockarne trató de abrazarla, pero Wendy se apartó, destrozada por lo que acababa de presenciar.

—Déjame, Andrew... sé lo que vas a decirme... y sé que tienes razón, pero yo...

—Wendy... no hagamos esto más difícil para ambos... Quédate conmigo —suplicó y sus ojos grises brillaron hasta el punto que unas lágrimas rodaron por sus mejillas cubiertas por una ligera barba tan rubia como su cabello. La joven le acarició el mentón en un gesto que denotaba cuánto le amaba...

—No puedo quedarme, Andrew... No puedo...

—No digas eso, cariño...



—Lo siento.. —lo besó con ternura en los labios y él dejó escapar un gemido contra la boca femenina. La joven lo miró con sinceridad—. Debes estar junto a tu esposa, Andrew... Y yo debo seguir mi camino...

—¿Lejos de mí? —le preguntó con angustia.

—Es lo mejor. Eres un buen hombre, Andrew... Pero estás atrapado entre dos sentimientos y no puedo pedirte que traiciones ninguno... Debes estar con Elora y debes...

—Yo solo quiero amarte, Wendy...

—Pero Elora es tu esposa.. —le cubrió los labios con los dedos temblorosos. —Me marcho mañana, Andrew. Cogeré un avión hacia Texas y no volveremos a vernos, es lo mejor...

—No te vayas... quédate a mi lado —insistió, sumido ahora en un mar de lágrimas que la propia joven tenía dificultades para contener.

Se escuchó una risa lejana, aunque los dos fingieron no oírla.

—Tengo que hacerlo.

—¿Me odiarás?

—Nunca, Andrew...

—Quédate conmigo, Wen...

—Adiós, Andrew.

Una voz en off dio por concluida la grabación.

¿Podrá Wendy separarse del único hombre al que ha amado? Y si lo hace, ¿resistirá su amor al paso del tiempo, la distancia y las maquinaciones de Elora...? Quédate conmigo... Descubre el desenlace en el último episodio de la temporada. Mañana a las nueve de la noche, después de las noticias, en tu canal favorito...

—¡Corten! —gritó el director—. Ha quedado perfecto. ¡Sois geniales, chicos!





Alguien se sorbió las lágrimas ruidosamente y suspiró, contagiada por la atmósfera de dramatismo y romance que había impregnado el ambiente.

Los aplausos llenaron el estudio de grabación y al instante, la enfermera, el médico y la embustera paciente, abandonaron sus puestos y se unieron al resto del equipo.

—Grabaremos la escena de la despedida en el aeropuerto y después... ¡unas merecidas vacaciones! —Ewan los señaló con su amuleto, una pulsera que había pertenecido a Grace Kelly y que había comprado en una subasta por una cantidad astronómica que jamás había querido revelar—. Os quiero a todos de vuelta en media hora, estáis advertidos.

Al pasar junto a la mujer que interpretaba el papel de Elora, Ewan se detuvo.

—Tenemos que hacer algo con tu papel, querida —informó—. Los telespectadores no han dejado de llamar durante toda la semana. Te odian. Te odian con un odio irracional. Han enviado cientos de mensajes a la cadena pidiendo tu cabeza. Te quieren muerta en la próxima temporada. Algunos han sugerido un derrame cerebral o algo así.. Quieren que en 2009 tu nombre en el reparto sea historia.

—Eres un cerdo, Ewan. Y sabes que no puedes rescindir mi contrato. Aún quedan dos años —se jactó ella, encendiendo un cigarrillo mentolado y echándole el humo en la cara—. Tengo una idea. ¿Por qué no hacemos que sufra de amnesia, olvido que soy una arpía y Andrew se enamora de mí otra vez?

—Andrew ama a Wendy, Elora.

—Ese es tu problema, querido mío. ¿Qué opinas, Kitty?

—Que no escribiré otro guión absurdo para salvarte el culo —informó la otra mujer, dedicándole su mejor sonrisa forzada. Se dirigió hacia la joven que en ese momento trataba de escabullirse en busca de un poco de intimidad y la abrazó para felicitarla. —Has es-





tado genial. Tu hermana Chelsea ha llamado hace un minuto, a cobro revertido, ya la conoces. Ha dicho que ha llorado a moco tendido durante todo el episodio... Vamos, te invito a comer.



—Dame una buena razón por la que no deba romperle la nariz a ese gilipollas.

Amanda sonrió para sus adentros mientras contemplaba con cierta fascinación a Kitty. Era menuda como ella y sus pies pequeños siempre parecían dispuestos a patear el trasero de alguien que lo mereciera. El cabello castaño le caía en desorden sobre las sienes y la frente, huyendo de algo que Kitty solía llamar recogido de guionista indigente sin tiempo para la peluquería y que en definitiva, era una coleta de caballo que nacía un poco más arriba de su nuca y se deslizaba con rebeldía sobre su espalda. Sus ojos color avellana, enmarcados por unas espesas pestañas, brillaban intensamente y no auguraban nada bueno. Amanda, suspiró. Hizo un breve repaso mental de los motivos por los que adoraba a su mejor amiga. Porque tenía aquel encantador acento americano y porque, como ella, odiaba el té. Porque era su caballero de la brillante armadura a pesar de que solo medía un metro cincuenta y poco. Porque estaba dispuesta a liquidar a Jason a pesar de los testigos y a pesar de que Jason era cinturón negro en karate. Sorbió un poco de su helado de chocolate, haciendo más ruido del habitual y disculpándose cuando algunas personas les miraron con curiosidad. Por supuesto, hubo dos que ni siquiera giraron la cabeza, ya que permanecían absortos el uno con el otro, haciéndose arrumacos sin importarles quién pudiera observarles.





—Kitty... déjalo estar. Jason y yo solo hemos salido un par de veces. No hay nada entre nosotros —comentó, fingiendo que la escena no le afectaba. En realidad, sentía que el suelo se abría bajo sus pies después de que las suelas se le derritieran de rabia.

Jason le había dicho en su última cita que ella era su preciosa muñeca... Menudo cabrón mentiroso. No es que estuviera perdida-mente enamorada de él, pero esperaba un poco más de respeto del tipo que decía ser tu otra mitad mientras te pintaba las uñas de los pies después de hacer el amor. Así que, para qué negarlo, tenía el estómago revuelto desde que aquellos dos se habían sentado un par de mesas más allá de la suya. Era una cuestión de amor propio más que de sentimientos. Para ser sinceros, Jason estaba destrozando su dignidad públicamente.

—Eso no es una razón — insistió Kitty, apretando inconscientemente su vaso de helado hasta que la tapa plástica saltó sobre la mesa.

—Está bien, te daré varias... Mide treinta centímetros más que tú. Practica artes marciales. Estamos en un lugar público. Todos nos conocen. Tiene derecho a salir con quien quiera. Es el protagonista principal de la serie. Y si le tocas un pelo, su agente, que por cierto es la mujer que acaba de meterle la lengua en la boca, te denunciará — añadió, molesta al comprobar que algunos de los presentes ya habían descubierto su presencia y le dedicaban compasivas miraditas de reojo.

Era lo peor de las rupturas, incluso en aquellas en las que tu ex solo había sido un capítulo casual que desearas cerrar cuanto antes. Sentir aquellos pares de ojos sobre la nuca, vigilando tus movimientos, deseando ver en tu interior, cebándose en tu mala suerte... Jason no era tan importante como para provocarle rencor. Sin embargo, no podía evitar seguir un poco pillada por él. Era bastante guapo, la verdad. Le miró de reojo. Un bombón relleno de nada bajo cualquier ángulo desde el que se le observara, incluso con la lengua



de aquella pelirroja haciéndole una limpieza bucal. Sacó la pajita del helado con brusquedad y al hacerlo, unas gotitas de chocolate salpicaron su immaculado uniforme de enfermera que era parte del vestuario.

—¡Mierda...!—exclamó, mojando de inmediato la tela con un poco de agua sin gas de la botella de Kitty.

Kitty era adicta al líquido elemento. Bebía al menos tres litros diarios, por lo que siempre tenía una buena excusa para ir al baño. Sólo que en aquel momento, parecía querer ir en una única dirección. Y era hacia la mesa donde Jason examinaba las amígdalas de su pelirroja acompañante.

—¿Lo ves? Estás cabreada —afirmó como si acabara de descubrir la fórmula de la Coca-Cola.

Pues claro que estaba cabreada. ¿Qué esperaba? Su casi novio hasta hacía una semana estaba a punto de montárselo delante de sus narices, en la cafetería de los estudios donde ambos trabajaban, con una mujer que era la versión humana de Jessica Rabbit. Kitty se levantó, arrastrando la silla con ella.

—Voy a partirle la cara a ese memo, Amanda. No lo aguantó más.

La siguió. Sujetó su mano con fuerza para detenerla en el instante justo en que Kitty, con su mano libre, le colocaba a Jason el plato de macarrones con tomate por sombrero. La verdad es que estaba muy gracioso, con aquellos regueros carmesí con motitas de orégano deslizándose lentamente por sus patillas recién cortadas por



con sus labios tan rojos como el cabello, se perdió entre las carcajadas de los compañeros de rodaje.

—Por desgracia para ti, golfa con tetas de silicona, no tienes tanto poder. Soy la mejor guionista de la serie, así que cierra tu boquita de colágeno operada por un cirujano plástico ciego... Y en cuanto a ti...

—Kitty, cálmate... —Jason retuvo con la punta de la lengua un poco de tomate y aunque estaba bastante ridículo, su gesto tenía un cierto toque sensual, a pesar de aquellos macarrones en la coronilla.

No tenía remedio, lo sabía. Jason ejercía un peligroso poder sobre ella y estaba dispuesta a probar cualquier cosa para vacunarse contra aquella enfermedad. Quizá no fuera mala idea que Kitty le vapuleara un poco antes de rodar la última escena.

—No me pidas que me calme, gusano. Le has roto el corazón a mi amiga —miró su reloj, contando los segundos y calculando mentalmente el tiempo del que Jason disponía para arreglar el desastre de su rubio y lacio cabello ahora teñido de rojo —Date por muerto si no desapareces de mi vista en menos de un minuto.

Jason no necesitó que Kitty repitiera la amenaza. La conocía muy bien y sabía que era capaz de arrancarle los párpados con los dientes si no obedecía. Pasó junto a Amanda sin mirarla, seguido de su agente/amante, quien aún mascullaba algunas palabrotas entre dientes.

—No debiste hacer eso —la regañó mientras se dejaba conducir hasta el plató, donde todos aguardaban su reacción ante la escena anterior. Les despreció por ser tan carroñeros, aunque lo cierto es que tenía que reconocer que el ataque de Kitty había contribuido a echar más carnaza para la prensa del corazón.

—Eso es cierto. Tú tenías que haberlo hecho —replicó.

—Tal vez Jason no me importa lo suficiente, Kitty —confesó y su amiga la miró fijamente.





Amanda no era precisamente una belleza de Hollywood, pero aquélla era en realidad su mejor arma, lo que la convertía en alguien misterioso y al mismo tiempo cercano para la audiencia. Había algo en ella que conmovía profundamente a su público y a cualquiera que la conociera; una dulzura innata, una fuerza interior y algún ingrediente secreto que tenía que ver con el modo cautivador en que modulaba las palabras durante una escena. Tenía el cabello castaño oscuro y la tez pálida salpicada por algunas graciosas pecas sobre la nariz. Sus ojos color miel ejercían de poderoso imán y atrapaban las miradas de los hombres incluso contra la voluntad de Amanda. Su sonrisa era natural, muy distinta a la artificiosa aunque hermosa sonrisa de la mujer que interpretaba a Elora en la serie. Era una excelente actriz que había encontrado aquella vocación por casualidad y que de ningún modo permitía que eso la convirtiera en una diva caprichosa. Pequeña y curvilínea, Amanda había conquistado los corazones de los telespectadores de la BBC con su sencillez.

Kitty la quería por muchos motivos y la admiraba, pero odiaba que no supiera ver cuando un hombre no le convenía. La abrazó, le colocó el pelo tras las orejas y la besó en la frente.

—Te quiero, pero a veces pienso que eres de otra galaxia. Mírate bien. Eres bonita, eres famosa... Podrías tener al hombre que quisieras. Sin embargo, tu currículum sentimental es un desastre. Y Jason ha sido el colofón, la guinda del pastel... un idiota presumido con el coeficiente intelectual de un guisante... ¿por qué?

Amanda lo meditó un segundo y después sonrió. Kitty tenía razón, como siempre.

—Quizá porque sigo buscando al hombre perfecto... —bromeó, haciendo alusión al título del episodio que rodaban aquel día en la serie de televisión para la que ambas trabajaban en la BBC One. Amanda había logrado un papel principal como actriz mientras que el brillante talento de Kitty como guionista la había convertido en una de las guionistas preferidas de los productores de la serie.





—Entonces, querida amiga... Deja de buscar en los lugares equivocados —se sacó algo del bolsillo de la chaqueta y lo pensó un instante.

Amanda necesitaba un cambio de aires, eso era incuestionable. Pero si se marchaba la echaría de menos. Y si, además, decidía no volver, los productores de la serie la matarían por haber sido instigadora y cómplice. Suspiró, regañándose mentalmente por plantearse siquiera aquella duda. Lo único que importaba era que Amanda huyera de aquel ambiente que comenzaba a afectar su criterio emocional y aprendiera a distinguir un buen tipo de un cerdo con cazadora de pana. Era esencial evitar que Amanda se convirtiera en una cuarentona amargada y ácida que se arrastraría en camas ajenas para lograr papeles de villana con nombres como Elora. Depositó lo que había sacado del bolsillo en la mano de su amiga. Amanda contempló el billete de avión con expresión bobalicona y Kitty suspiró.

—Es un billete para Estados Unidos. Quiero que te largues mañana mismo y pases tus vacaciones bien lejos de ese donjuán con pretensiones escénicas.

Amanda se fijó en el destino que señalaba el billete y después miró nuevamente a su amiga.

—¿Texas?

—No me mires así. Lo necesitas. He hablado con unos primos postizos que tienen un pequeño rancho en Loving. Es una especie de hotel rural y están encantados de recibirte.—

¿Postizos? ¿Loving? —Amanda no entendía nada.

—Postizos. Mi madre se casó en segundas nupcias con el tío de los McKenzie cuando abrió su restaurante grill la Ternera Loca en Picadilly, ¿recuerdas? Mentone es un pequeño pueblo del condado de Loving, en Texas. Necesitas desintoxicarte de Jason y de este ambiente frívolo y superficial... antes de que te conviertas en una Ronda Swanson cualquiera —advirtió con seriedad.

—Pero no puedo marcharme así, sin más. —protestó.



—¿Qué apostamos a que sí? El rodaje ha terminado, dentro de poco será Navidad y tu hermana odia la Navidad, ya lo sabes. Ha dicho que las pasará con unas amigas en España. No puedes quedarte para escuchar las campanadas de fin de año mientras ves ese programa aburrido en compañía de alguna vieja gloria británica.

—Pensé que veríamos juntas ese programa —replicó con una media sonrisa.

—Yo soy la vieja gloria británica —informó con una expresión teatral y añadió—. Dijiste que querías otra vida, una que fuera tuya de verdad, haciendo algo que te gustara de verdad. Te encanta la fotografía, siempre lo has dicho. Esta es tu oportunidad. Te vas a Texas. No pienses, no protestes, no me des las gracias y feliz cumpleaños.

La besó fugazmente y la empujó hacia las cámaras, apartándose para que la maquilladora diera unos últimos retoques a su cara pálida.

Amanda seguía pensando en ello algunos segundos después y no escuchó la primera llamada de la joven ayudante de producción. ¿Texas? Y además, no era su cumpleaños. Pero Kitty ya le había hecho su regalo, qué buena amiga era... Y qué original. Pero, ¿Texas?

—Señorita Chase... ¿Le importaría dejar de pensar en las murosarañas y concentrarse en su diálogo? —la voz estridente de Ewan Preston, director de la mayoría de los capítulos de la serie, le llegó esta vez clara e impaciente.

Le hablaba a ella. Ella era Lori Chase, la estrella principal de aquel culebrón británico en el que Jason era su oponente masculino. Ewan estaba furioso con ella. Por su culpa, Jason tendría aquel aspecto horrible en la grabación del último capítulo de la temporada. Amanda asintió, recobrando la compostura.

—Bien, muchas gracias, Lori. Todos a sus puestos... ¡Por Dios! Que alguien le quite al Dr. Lockarne esos macarrones de encima.

